

XXVII.

Perspicacia.

Los dependientes del señor Gonzaga fueron á dar su declaracion ante el juez que habia tomado conocimiento del hecho, y que nada podia sacar en claro de su interrogatorio.

El responsable de la caja, Perico, aseguraba que la habia dejado bien cerrada la noche anterior, guardando las llaves donde tenia costumbre de hacerlo; y repuesto completamente de su espanto, contestaba con extraordinario aplomo á cuanto se le preguntaba.

Los demas, tranquila su conciencia, respondian con naturalidad.

El único cargo que podia pesar sobre ellos era el de haber dejado la ventana sin correr los cerrojos; pero, apelando al testimonio del señor Gonzaga, probaron que nunca habian tenido mucho en cuenta la cerradura de la puerta ventana, confiados en la solidez de la reja, y que ninguno estaba encargado especialmente de cerrar. No era extraño, por consiguiente, que los

ladrones hubieran tenido tanta facilidad para penetrar en el escriptorio.

El señor Gonzaga, en los largos años que llevaba de establecido, habia cambiado numerosos dependientes, y no seria raro que alguno de los despedidos, por indiscrecion ó por malicia, hubiera revelado el lugar en que se acostumbraba guardar las llaves, y de ahí la posibilidad de que gentes de la calle, entre las cuales podia haber, por otra parte, alguno de los dependientes expresados, hubieran dado con ellas.

Todas estas circunstancias, puestas en conocimiento del juez, le hacian creer en la inculpabilidad de aquellos hombres, á quienes una vez terminado el interrogatorio, les permitió retirarse, previniéndoles que no podian abandonar la ciudad sin su expreso consentimiento.

La policia de Cadiz se habia puesto mientras tanto en movimiento y llevaba aprehendidos por sospechosos á mas de treinta individuos, pero entre ellos no habia uno solo de los cómplices del Cura.

El juez hacia interrogatorio sobre interrogatorio, y se desesperaba no encontrando indicio alguno por que poder guiarse. Si se hubiera tratado de un delito comun, de la muerte de algun pobre diablo, por ejemplo, su señoría habria dejado tranquilamente obrar al tiempo, pero en negocio de tamania importancia, su reputacion estaba empeñada en llevarle á buen término cuanto ántes.

Estaba en su vigésimo interrogatorio cuando un alguacil entró, con el rostro radiante de júbilo, puso en la mesa algunas monedas de oro, y dijo con acento satisfecho:

—Traemos al gefe de la banda.

El juez dió un salto en su asiento y mandó despejar la sala.

—Que introduzcan al reo—dijo pavoneándose en su silla.

Un hombre, con los brazos atados á la espalda, entró á la sala rodeado de cuatro alguaciles.



El portero del Sr. Gonzaga, el tío Antonio, le seguía con aire satisfecho, y murmuraba de vez en cuando:

—No te me escaparás, tunante.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el juez.

—Ludovico Velletri—contestó el interrogado.

—¿De dónde es usted?

—De Pésaro, en Italia.

—¿Quiénes son sus cómplices en el robo verificado anoche?

—¿Qué robo?

—No hay que andar con fingimientos; está probado que usted es el ladrón.

—¿Pero de qué robo se trata?

—¿No ha estado usted con otros individuos anoche en la calle principal y asaltado un almacén?

—Nó, señor—contestó indignado Ludovico.

—Entonces, ese dinero?

—Es de mi pertenencia.

—Justifíquelo usted.

—Es muy sencillo; procedo de los ahorros que hice mientras estuve empleado en Pésaro.

—¿Qué hacía usted allí?

—Era sacristán de la Iglesia de la Misericordia.

—¿Tan lucrativo es en Italia semejante empleo?

—Llevaba largos años de ejercerle.

—¿Dónde le habeis aprehendido?—prosiguió el juez dirigiéndose á los alguaciles.

—En la calle principal.

—¿Qué hacía?

—No apartar la vista de la casa robada, y este hombre—continuó el que parecía jefe de los esbirros señalando al tío Antonio—nos le indicó, manifestándonos que ayer no dejó de rondar un momento la calle, y que aun trató de penetrar en la casa despues de haberse informado acerca de las personas que ha-

bitaban en ella, y dirigido miradas escrutadoras á todos los departamentos de que se compone.

—¿Qué tiene usted que contestar á eso?

—Que es cierto cuanto ese hombre ha dicho á la justicia.

—Luego confiesa usted que es el ladrón.

—Nó, señor.

—¿Cómo!

—Me he informado de las personas que habitaban la casa, porque tenia poderosas razones para inquirirlo; he tratado de entrar porque se me mandaba llamar.

—Mentira, señor juez—interrumpió el tío Antonio, trémulo de rabia—el amo me ha prevenido no dejarle entrar.

—¿Puede usted decir cual era la razón que tenia para tomar informes sobre los habitantes de la casa?

—Nó, señor—contestó Ludovico, despues de un momento de reflexion.

—¿Quién llamó á usted?

—Un individuo que se llama Paco Fernandez.

—¿Te pillé!—volvió á interrumpir el tío Antonio—has oido llamar á misa y no sabes en que parroquia. El camarada Paco se ha marchado ayer mañana para otras tierras; todavia parece que le oigo:

—Ola! tío Antonio!

—¿Adonde bueno, Paco?

—A buscar al amo Don Fernando.

—Buen viaje!

—¿Echamos el trago de estribo?

—Corriente, no mas encargo mi puerta.

—Y dicho y hecho;—prosiguió el locuaz tío Antonio—fuimos juntos hasta la primera tienda y echamos un trago, nos apretamos la mano, y anda vetel en alta mar estará ahora Paco siguiéndole el bulto al amo D. Fernando.



—Calla, hombre! que amarillo te has puesto!—continuó, dirigiéndose á Ludovico—¿te espanta ver que no pega tu cuento?

Efectivamente, Ludovico estaba pálido y temblando; el nombre del hijo del señor Gonzaga, pronunciado por el tío Antonio cuando ménos lo esperaba, le habia causado una impresion indecible.

Aun cuando haya justicia y razon para matar á un hombre, cualquiera cosa que recuerda el acontecimiento produce en el matador, cuando su alma no está completamente pervertida, una sensacion horrorosa.

Ludovico habia matado á Fernando en defensa propia y obligado por imperiosa necesidad, pero sentia todavia en su rostro la sangre caliente de su víctima, y le horrorizaba pensar que habia arrebatado la vida á un semejante suyo.

El juez notó, lo mismo que el tío Antonio, la inmutacion y el movimiento de horror de Ludovico, y se convenció al punto de que era culpable.

Insistió en que declarase quienes eran sus cómplices, le encaró con los hombres que habia aprehendido la policia como autores del robo, y aunque nada logró adelantar, mandó poner en absoluta comunicacion á Ludovico, y envió á buscar al señor Gonzaga para participarle la importante captura que se acababa de hacer, y comunicarle las esperanzas de dar pronto con los demas delincuentes, gracias á su actividad y á su eficacia.

Era admirable la perspicacia del señor juez de instruccion de Cádiz, y solo podia compararse con el acierto de la policia, que entre todos los que habia capturado no contaba uno solo de los consocios del Cura.

## XXVIII.

## Los males nunca vienen solos.

Cerca de tres meses habian pasado desde la noche en que el atrevido golpe de mano del Cura y sus compañeros habia privado al señor Gonzaga de su crédito y de su fortuna.

La causa contra los ladrones guardaba el mismo estado.

Ludovico y los demas aprehendidos continuaban presos, y los pocos socios del Cura que no habian logrado salir de la ciudad, y entre los cuales se hallaba el cajero de la casa Gonzaga, disfrutaban de la vida lo mejor que podian.

El señor Gonzaga estaba inconsolable. El niño Mário, que le distraia grandemente en otro tiempo, habia caido enfermo de escarlatina, y daba pocas esperanzas de vida.

La pérdida repentina de su fortuna, conquistada á fuerza de años de honradez y de trabajo, preocupaba atrozmente al respetable anciano, que no podia acostumbrarse á la idea de no cubrir sus compromisos y de paralizar las operaciones de su casa por falta de numerario.